

Los Misioneros Gumilla y Roman héroes de la civilización y bienhechores de Venezuela

¿QUIEN SEMBRÓ EL PRIMER CAFÉ EN VENEZUELA?

Ignoramos por qué se ha hecho tan gran silencio alrededor de un mérito singular de los misioneros jesuitas del Orinoco: la siembra de las primeras matas de café en Venezuela.

El hecho olvidado entre nosotros ha merecido comentarios erróneos y parciales en Colombia, que ha querido hacer suya una gloria que creemos corresponde del todo a Venezuela.

El Padre Daniel Restrepo, en su reciente obra *Los Jesuitas en Colombia*, demuestra que el Padre Gumilla fué el primero que sembró en tierras venezolanas la mata de café:

"El Padre José Gumilla, ilustre misionero del Orinoco, refiere lo siguiente en su obra *El Orinoco ilustrado*, publicada en Madrid en 1741: "El café, fruto tan apreciable, yo mismo hice la prueba, le sembré y creció de modo que se vió ser aquella tierra muy a propósito para dar copiosas cosechas de este fruto". Alude a las regiones del Orinoco, en que él tenía su Misión. Era la época en que el café empezaba a cultivarse en la Martinica y en la Guayana; de esta última región trajo sus semillas el Padre Gumilla.

El señor doctor José Luis Ramírez Hoyos, en un escrito titulado "Rectificación histórica en relación con la introducción del café en América y en Colombia", añade los siguientes datos:

"En uno de sus escritos, el doctor Grijalba dice: en 1732 los misioneros jesuitas

que llegaron de Río Negro, en el Orinoco, trajeron a Popayán semillas de café de los cultivos del Padre Gumilla. Indudablemente, estas semillas, cultivadas por los jesuitas en el huerto del Seminario Menor de Popayán, fueron las que dieron esos árboles a que se refiere el doctor Evaristo Delgado cuando escribió en su tratado sobre el café, publicado en 1876, que en Popayán existían árboles de cafeto que tenían más de 90 años.

"No se ha encontrado constancia escrita de dónde trajeron los Padres de la Compañía de Jesús para cultivar las primeras matas de café en el territorio en 1723, es decir, antes de que se iniciaran las primeras plantaciones en Martinica y después de los cultivos establecidos en las Guayanas".

Citando al señor Mauro Hernández Mesa, añade Ramírez Hoyos un dato que anticipa en once años la introducción del café en nuestra tierra, sin quitar nada de la seguridad de haber sido jesuítica esa obra. Dice así: "Desde 1723 unos misioneros jesuitas trajeron al Orinoco las primeras semillas de café, y las sembraron en territorio que hasta el año 1925 pertenecía a la República de Colombia".

Hay en estas afirmaciones algo evidente, y es lo que afirma el Padre Gumilla en *El Orinoco ilustrado*: que él mismo plantó en el Orinoco matas de café y que creció de modo satisfactorio. Parece también evidente que esta experiencia del Padre Gumilla no pudo ser antes del año 1732, pues de ese año datan sus reducciones del

Orinoco, inmediatamente después de su viaje a la Guayana y Trinidad el año 1731.

Mucho más dudoso encuentro la afirmación que hacen autores posteriores de que se sembraron en el Orinoco matas de café el año 1723. Primero, porque no existían entonces reducciones en el Orinoco, y segundo, porque contradice a la afirmación del Padre Gumilla, a quien en todo caso se le hace autor de la primera siembra. Si, en efecto, se sembraron matas de café en misiones jesuíticas por el año de 1723, debió ser en los llanos del Meta y Casanare.

Pero creo que esta última suposición está fuera del cálculo e intención de los autores colombianos antes citados. Siempre parten del supuesto de haber sido el Padre Gumilla el que sembró las primeras matas en las Misiones, y por eso creemos que no se efectuó el ensayo antes de 1732 y por todas las conjeturas no en tierra colombiana, sino en la ribera venezolana del Orinoco.

Mucho más justas y exactas que las citas anteriores encontramos esta otra de Aristides Rojas, en su estudio sobre los Orígenes del cultivo de la tierra en el valle de Caracas:

"Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fué traído de Paris a Martinica por Desclieux en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725 y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron en Venezuela esta planta fueron los misioneros castellanos por los años de 1730 a 1732, y el primer terreno donde prosperó fué a orillas del Orinoco. El Padre Gumilla nos dice que él mismo lo sembró en sus misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero Gilii lo encontró frutal entre los Tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares a mediados del último siglo. En el Brasil, la introducción data de 1771, probablemente llevada de las misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del café en el valle de Caracas remonta al año de 1784, bajo los auspicios de tres agricultores y hombres expectables de aquella época: el señor Blandín y los presbíteros Sojo y Moledano. Los primeros pies llegaron de Martinica, de manera que a los sesenta y cuatro años de haber sido conocido en las Antillas y a los cincuenta y dos de haber sido conocido en las orillas del Orinoco fué cuando el café pudo penetrar en las costas del Norte del Continente. Los primeros almácigos estuvieron en las haciendas de Chacao, "Blandín", "La Floresta",

"San Felipe", propiedades entonces de los tres caballeros cuyos nombres dejamos consignados. Reciban ellos, y sobre todo el señor Blandín, las bendiciones de la posteridad.

EL DESCUBRIMIENTO DEL BRAZO CASIQUIARE

Al desaparecer el Padre Gumilla surge a la cabeza de los misioneros del Orinoco el Padre Manuel Román. De la eficacia de su apostoiado pueden dar fe las numerosas reducciones — fracasadas más tarde o logradas definitivamente — que fundó desde 1732 hasta 1750.

Pero su nombre ha pasado a la historia en el catálogo de los exploradores célebres. El Padre Román resolvió una célebre discusión geográfica: la existencia de una comunicación fluvial entre los grandes ríos Orinoco y Amazonas.

Se ha escrito con grande vaguedad e inexactitud de este famoso descubrimiento del Padre Román (1), y queremos aprovechar esta oportunidad para esclarecer definitivamente hecho tan ilustre; memorable no sólo por su valor geográfico, sino por las singulares consecuencias que trajo para la delimitación de las colonias portuguesas y españolas y de las futuras repúblicas de Venezuela y Brasil.

Contamos para realizarlo con tres documentos fundamentales: los informes contradictorios del Padre Gumilla, una narración minuciosa del Padre Gilii y un memorial del Padre Román al rey, utilizado sólo en parte por el Padre Astrain.

(1) Sería largo enumerar las inexactitudes que sobre la materia se han escrito. El Diccionario Espasa habla de un Manuel Ramón (sic) que descubrió por vez primera esta curiosidad hidrográfica en 1744, viniendo desde el Brasil al Orinoco por el brazo Casiquiare (!). Se recibe la impresión, al leer estas líneas, de que se trata de un viajero portugués que viajara desde el Brasil hasta Venezuela. Sino que fué todo al revés.

No sé de dónde sacó B. Tavera-Acosta la conseja que dejó estampada en el primer tomo de *Anales de Guayana*, p. 81, sobre la prisión y cautiverio del fraile (?) Manuel Román por los portugueses. Dejamos demostrado en el texto que fué todo lo contrario. Este error de Tavera-Acosta ha sido incorporado a su popular *Historia de Venezuela* por J. A. Cova, y esperamos que desaparezca en las próximas ediciones.

El viaje del Padre Román se realizó en 1744 y fué motivado no tanto por curiosidad geográfica cuanto por una noble preocupación de apostelado y humanitarismo.

Se había logrado contener las incursiones de los caribes del Bajo Orinoco gracias a la escolta y a los fortines del Padre Gumilla (Castillo de San Ignacio y Reducto de San Javier). Pero muy pronto los misioneros recibieron noticias alarmantes del Orinoco, más arriba de los saltos de Maypures. Los indios venían diciendo que por el Atabapo andaban embarcaciones de europeos. Ignorábase de qué clase de europeos se tratara, y ello motivó una consulta del Padre Gumilla con los Padres misioneros. Determinaron escribir una carta latina en términos vagos al comandante de aquella expedición de europeos. La carta la llevaron los indios río arriba; la entregaron a los expedicionarios y llegó a Río Negro, pues cuenta La Condamine que él mismo la vió en manos del gobernador.

Pero los portugueses no dieron respuesta a esta carta. En 1737 un grupo de ellos irrumpió en el Alto Orinoco sin saber en qué río navegaban; apresaron a muchos indios y se los llevaron cautivos a Río Negro. Los misioneros suponían que estos portugueses llegaban por tierra al Orinoco. En 1738, cuando el Padre Gumilla partía para España, recibió en Caracas carta del Padre Román avisándole de una nueva incursión de los portugueses. Al año siguiente, una nueva carta del Padre Rotella contaba la tercera irrupción de aquellos corsarios esclavizadores de los indios. Gumilla entregó a la corte de Madrid la información del Padre Rotella.

A la agresión de los portugueses se unió en años anteriores la de los indios Guipunavos, tribu brava, que asentó en el Atabapo, apresaba a los indios pacíficos y los vendía a los portugueses.

Gilii nos cuenta que se reunieron de nuevo en consulta los Padres misioneros y se acordó hacer una entrada al Alto Orinoco para evitar los atropellos de los Guipunavos y tratar con la tropa de los europeos. Se escogió para la empresa al Padre Manuel Román, "entrañable amigo de Gumilla — dice Gilii— y varón de genio intrépido y despreocupado de la propia vida". No convenía exitar la ira de los Guipunavos y se convino en que el Padre no llevara sino un soldado, llamado Casagrande, y una escolta de indios remeros de la nación Sáлива.

"Partieron de la reducción de Caricha-

na —dice Gilii— y habían navegado unos ocho o diez días cuando, al llegar a la vecindad de Atabapo, divisaron inesperadamente, a poca distancia, una barca grande. Una embarcación semejante en tan remotas regiones llamó la atención del misionero, de los remeros Sálicas y del soldado Casagrande, ya que por allí no se estilan sino pequeñas canoas, en las que navegan casi todos los orinoquenses. Creció su estupor al divisar en la barca gentes vestidas al uso europeo. El Padre Román, al advertirlo, se puso en pie, enarboló el crucifijo y anunció a los forasteros la paz.

Correspondieron éstos al instante con demostraciones amistosas y, haciéndose a todo remo al encuentro, se dieron mutuamente señales del más tierno júbilo. Saltaron inmediatamente los unos en la barca de los otros y, después de los primeros comentarios que provocaba el hecho de encontrarse en tan apartadas regiones, reconociéndose ya por españoles y portugueses, preguntó a éstos el misionero dónde habitaban. Respondieronle que habían llegado allí viajando siempre por agua desde el Río Negro, que es donde ellos habitaban. Añadieron que se podía navegar cómodamente y rogaron insistentemente al misionero que se viniese con ellos, pues estaban de retorno hacia aquel río. Condescendió de buen grado a sus exigencias. Y dando aviso de aquel encuentro y de su determinación a los compañeros del Orinoco por medio de una barquita que envió, se puso en viaje con ellos.

El viaje, así me lo contaba él mismo, fué pesadísimo. No se navegaba sino pocas horas, y la mayor parte del día sus compañeros, atracando la barca a la orilla, recorrían la selva en busca de aves y otros piezas salvajes. La paciencia invicta del misionero, satisfecho con los alimentos más viles y avezado por largo tiempo a padecer, venció todas las dificultades y, a pequeñas y molestas jornadas, llegó por fin a las habitaciones de los portugueses en el Río Negro.

Tuvo allí el placer de abocarse con el Padre Aquiles Avrogadri, jesuita, el cual, por ser muy perito en las lenguas de los indios, tenía encargo del rey de Portugal de preguntar en su lengua a los indios esclavos que por allí pasaban y averiguar si era legítima su compra.

Cuando llegó al Río Negro no estaba allí el Padre Avrogadri, pues había partido poco antes a Pará por sus negocios. Se encontró, pues, solo el Padre Román y, creyendo que debía esperar el retorno del

del Padre y dada la afinidad de las lenguas española y portuguesa, se entregó enteramente al cultivo espiritual de sus habitantes. Tomó entretanto el Padre Avrogadri y, habiéndose detenido con él algunas otras cosas concernientes al bien espiritual de los indios, después de ocho meses de su partida, tornó a las Misiones del Orinoco".

Hasta aquí el Padre Gili. Algunos detalles más concretos añade el Memorial del Padre Ramón al Rey. Citemos algunos.

"Me respondieron los Padres carmelitas calzados que habitaban aquellas tierras, y el cabo o jefe que hay de los portugueses, que había prohibición del rey de Portugal para que se les diesen armas de fuego a los indios gentiles, y que también estaba prohibido por el gobernador del Pará que no pasasen los portugueses por el Orinoco; pero que ninguna de estas prohibiciones se guardaba y que la codicia de tener esclavos para vender y servirse de ellos les hacía atropellar y no guardar el justo mandato de su soberano.

"Un Padre misionero de la Compañía de Jesús, de la provincia del Pará, llamado Aquiles Abrogadis (sic), está allí por orden del rey de Portugal para registrar y examinar si son bien o mal comprados los indios esclavos, y me dijo que en seis años que había estado en aquel ministerio por obediencia, se habían registrado 8.000 esclavos indios y dado por horros, esto es, sirven cinco años y quedan libres. Y que en entradas que se habían hecho de los pueblos se habían agregado a ellos 4.000 almas libres. Los que pasan por alto, por no pagar tributo debido a su rey, son muchos.

Tales fueron la ocasión y los incidentes de la famosa expedición del Padre Román al Río Negro. El éxito fué triple.

En orden geográfico quedó esclarecida de una vez la existencia de una comunicación fluvial entre las Hoyas del Amazonas y el Orinoco por medio del Río Negro y Casiquiare. Esta comunicación fué sos-

pechada ya, como lo indica el Padre Gumilla (2), a principios del siglo XVIII y tuvo defensores en la Academia de Ciencias de París. Pero la autoridad del Padre Gumilla, que se mostró en El Orinoco ilustrado, traducido también al francés, desfavorable a la teoría, desvaneció la sospecha. Ni los misioneros del Orinoco, compañeros de fatigas del Padre Gumilla, ni los portugueses de Río Negro, conocían tal comunicación. Lo que resulta más sorprendente en los portugueses, que llegaron por el Casiquiare a las bocas del Guaviare y nunca supieron que habían dado en aguas del gran Orinoco. La exploración del Padre Román fué decisiva. "Siete meses más tarde comunicaba el célebre La Condamine este descubrimiento geográfico a la Academia de Ciencias de París, y desde entonces quedó definitivamente establecido para el mundo científico", dice Alfredo Yahn.

En el orden histórico no fué menos trascendental el famoso viaje del Padre Román. Los portugueses habían comenzado a frecuentar el Alto Orinoco, sin reconocerlo, y traficaban por él como en terreno del rey de Portugal. El Padre Gili advirtió muy acertadamente que el misionero jesuita fué el primero que hizo valer el derecho de España hasta el Río Negro. Desde su viaje cesaron las incursiones de Marañones y fué reconocido el dominio del rey católico en el Alto Orinoco y Casiquiare, facilitando así las labores que Solano había de realizar diez años más tarde.

En el orden apostólico, el misionero explorador logró limitar y en gran parte impedir el tráfico de indios esclavos del Alto Orinoco, y, sobre todo, conquistó de paso el amor de los terribles Guipunavos, quienes, al cabo, vinieron a las Misiones jesuíticas y se establecieron en Uruama (La Urbana) bajo la dirección del Padre Espinosa.

(2) Gumilla, José. El Orinoco ilustrado. Barcelona, 1882, pp. 36-7.

M. Aguirre Elorriaga S. J.

(De nuestra obra en prensa, *La Compañía de Jesús en Venezuela*)